

Crónicas del asombro

Navegar, novelar

MÓNICA LAVÍN

Humberto Aguinaga,
Al paio, Ediciones La Rana,
México, 2008.

1.



El protagonista de esta novela ensaya zarpar en solitario durante la noche, una manera de prepararse para que en el Brisa, un velero finlandés de treinta y seis pies, pueda cruzar el Pacífico, el Océano de las Damas (como me entero que le dicen), desde Vallarta a Brisbane en Australia. El protagonista nació el mismo año que yo, el 55, me gusta el año, me gusta el cinco y dos veces más. Es el año en que comenzaron a volar los jets. Quiere acabar las cosas que no ha resuelto, ya sea la novela sobre la historia de la familia o la del hombre que busca navegar el Pacífico para ganarse el Premio Alfaguara. Las tiene un tanto abandonadas y un nuevo deseo lo ocupa: recorrer 6,600 millas de mar abierto y cosechar el reconocimiento de sus hijos, su mujer, los medios, los otros navegantes, el suyo propio. Se prepara repasando la lista de cosas que no debe olvidar, la línea de vida a la que debe atarse por si la tormenta o la noche lo sorprenden, las lámparas, los alimentos, la ropa, etcétera. Yo como lectora carezco de preparación para entrar a esta novela de Humberto Aguinaga, a quien conozco, pues ambos participamos en un taller de narrativa en Guanajuato. O tal vez ésa sea mi preparación: los fragmentos que allí leía y que nos dejaban perplejos por la nomenclatura náutica que desconocíamos y que él dominaba como viejo lobo de mar. Leer fragmentos de novela nunca produce la misma sensación que leerla de golpe, hilada, perfectamente estructurada y pensada. Los nombres con los que entonces me debatía en corto, pues quería visualizar cornamusas y norays, no importa ahora si los he visto, estoy en el Brisa y me son naturales. Estoy entusiasmada con el Swan que se quiere comprar el protagonista, porque mientras se entrena en esa noche quieta, repasa la herencia inesperada que le dejó la tía Lupe, muerta (también en solitario) en El Cedral, escritora frustrada que

antes de morir le exigió al sobrino: “Tú escribe”. Pero el escritor en ciernes anda ponderando las posibilidades de gastarla en ese velero que le encontró el Picocho.

El autor escoge dos planos del tiempo para narrar esta travesía doble, es decir, el presente de la novela que es esa noche en la que el navegante repasa sus deseos, sus trabajos, su familia, sus lecturas y prepara el velero, y el pasado en que el barco todavía no era el de él. Me gusta la escritura, se desliza limpiamente como el velero sobre las olas, los tiempos se tejen con una naturalidad tal que salir de la cabina y estar en el pasado inmediato, sea el funeral de la tía, sea el cumpleaños de la hija, sea con el Picocho, no me cuesta trabajo. Me gusta sobre todo cómo, en este entramado de tiempos, el protagonista cuele sus reflexiones.

2.

El escritor ha apelado a los mitos y las travesías oceánicas o interiores de los hombres y mujeres. No en vano piensa que *la travesía consiste fundamentalmente en una metamorfosis*. Ulises le corre en la sangre, es el mástil al que es preciso atarse para que las sirenas no lo llamen con su silencio, interesante y poderosa imagen. Francis Drake lo provoca con sus palabras: “No es que la vida en tierra sea mala, pero francamente en alta mar es mejor”. Y las travesías recientes de veleristas solitarios acuden a su memoria como cómplices de un mismo deseo: conocer los límites, saber hasta dónde es posible soportarlo todo —el miedo, las inclemencias, el sol despiadado, las noches heladas, lo inesperado, la soledad, el silencio. Me entero de que muchas mujeres han veleado en solitario cruzando océanos: Dee Caffari fue la primera en dar la vuelta al mundo en velero sin escalas; Galia Moss, la más reciente, y con quien el protagonista establece un diálogo a través del cuaderno de bitácora que publica en Internet. Resulta que ahora hay maneras de que la red, a través de la



radio de onda corta, reduzca el aislamiento total. Me asombra. Dice el protagonista que leyendo este cuaderno “aprendí que los veleristas solitarios hablamos en plural, por nuestro barco”. No puedo evitar pensar en mis lecturas de barcos, navegantes y naufragios. El protagonista repasa las suyas y nos comparte su apasionada lectura de *La línea de sombra* de Joseph Conrad. Curioso que Conrad empezara a escribir a los cincuenta años, la edad del protagonista. *El corazón de las tinieblas* siempre me fascinó, con esa navegación pluvial en el Congo africano. Toda contada desde el río Támesis en Londres. Aguas de la civilización llamando a las aguas antiguas de nuestra oscura esencia: la sed de poder, las fronteras imprecisas de nuestra voluntad. Hay otra novela de barcos y navegantes que me encantó y que a raíz de *Al paio* me han dado ganas de volver a leer: *La última escala del Tramp Steamer*, de Álvaro Mutis —los navegantes, la dignidad del barco, su último viaje. Cuánta melancolía cargada de la sabiduría de las aguas. Y no puedo dejar de rendir homenaje al libro que me hi-



zo lectora, *Robinson Crusoe*: al naufragio y la isla, la lejanía y la supervivencia.

Acompaña al protagonista en su pasión de mares, su conocimiento técnico del manejo de un barco y su voluntad antigua de ser un padre y un marido ejemplar, normal, como dice él, y la inevitable inclinación por los sueños y las ideas descabelladas. Navegar un mar, en eso se puede ir la vida, como en la escritura de un libro, en el propósito de dar vida, forma, belleza, densidad a nuestra mirada sobre lo que nos inquieta.

3.

Humberto Aguinaga ha escogido la primera persona para contar esta historia, una voz que le va de maravilla al tono confidente y natural de la novela. Una voz honesta, una novela honesta. ¿Se puede hablar de honestidad en la escritura? ¿Por qué no? El artificio molesta, la distancia impostada cansa, en toda novela hay una verdad y Aguinaga nos comparte la suya. Nos ocurre de alguna manera lo que al marinero escritor con la tía Lupe: ella le deja su casa, nada más porque es escritor, para que persiga su sueño, el que sea. ¿Será que cruzar un océano sin conocer de cierto lo que ocurrirá, aunque uno se prepare, es como escribir una novela, en donde diseñar personajes, estructuras, encontrar un tono no garantiza nuestra llegada a puerto, ni nuestra tenacidad para lograrlo? El naufragio es una amenaza permanente.

4.

La verdad es que entre más páginas leo, más me gusta el intercalado de tiempos, las reflexiones del protagonista que estudió comunicación, hizo documentales, navegó en la Marigalante, que ahora es una discoteca, puso un negocio de Internet, da clases y quiere escribir la novela

que le ganará los 175 mil dólares del Alfaguara. El premio es como llegar a Brisbane. Quién no ha contado, como el cuento de la lechera, la mudanza de vida que produciría la holgura económica, la escritura del siguiente libro sin apuros ni zozobras (financieras).

Me asombran la nitidez y la fuerza de la prosa de Humberto Aguinaga. Como hombre que sabe de barcos, algunos datos biográficos coinciden con los del protagonista, navega con precisión en la elección del rumbo y las maniobras, los diálogos destilan vida, las descripciones un conocimiento del mar y su abismal llamado. ¿No es el llamado de la escritura, con sus tinieblas, el mismo que el del navegante que desconoce las tormentas que libraré y la salud que lo asistirá en su tránsito? Novela de la pasión por hacer el camino, novela del deseo incuestionable por la travesía interior, novela que a los de tierra nos acerca el mar donde nos reconocemos como deseosos navegantes en solitario. Y somos como en el caso de *Al paio* el hombre que mira desde el muelle al barco partir, el hombre que parte en el barco. Porque esa novela que leemos es aquella con la que el protagonista batalla. La resolución final es inteligente y precisa. Encuentro en *Al paio* una confrontación con la travesía de cada cual, un ponerse en la dirección del viento para cambiar el rumbo y luego, a merced de su fuerza y resolución, timonear, descubrir y asombrarnos con la intensidad de vivir. ~